

JULIO 2020

CONECTAR CON LOS MÁS PEQUEÑOS

FERRAN RAMON-CORTÉS

Cuando mi hija empezaba a leer, un día, libro en mano, me preguntó:

- *Papá, ¿qué es generoso?*

Se lo intenté explicar lo mejor que pude. Le conté que ser generoso consiste en dar a los demás, en compartir las cosas, en no quererlo todo para ti...

- *¿Lo has entendido? -Le pregunté-.*

Al tiempo que corría por el pasillo hacia su habitación, oí que me contestaba:

- *Creo que sí.*

Pasaron algunas semanas, y una tarde me volvió a preguntar:

- *Papá, ¿Qué era lo de generoso?*

Batalla perdida, pensé. Quizás lo había entendido en su momento, pero evidentemente no lo había interiorizado, y por ello ya no lo recordaba. Probé con otra estrategia: en lugar de insistir con mis explicaciones, le conté una historia. Un ejemplo de generosidad de una persona muy cercana a ella: su abuela. Escucho atentamente mi relato con los



ojos abiertos como platos, y una gran sonrisa en sus labios. Yo noté que esta vez algo se estaba moviendo dentro suyo.

Algunos meses más tarde, volviendo de la escuela me dijo:

- *¿Sabes papá?, hoy en el “cole” hemos hablado de lo de ser generoso. Y yo les he dicho: “como mi abuela”.*

Ahora estaba seguro: no sólo lo había entendido, sino que probablemente lo recordaría para siempre.

Los adultos estamos acostumbrados a comunicarnos mediante explicaciones conceptuales. Un código de comunicación que compartimos y que permite que nos entendamos perfectamente entre nosotros. Lo utilizamos entre adultos, y por extensión lo utilizamos también a menudo con los niños. Pero la mente infantil es poco receptiva a este código. A los niños les cuesta entrar en el significado de los conceptos, y aunque los pueden entender, difícilmente los recuerdan por mucho tiempo. Las explicaciones conceptuales calan muy poco en sus mentes infantiles, y les llegan muy poco. Por eso nos parece que tenemos que repetirles docientas veces las cosas para que las asimilen, cuando lo que ocurre es que no les interesa lo que les contamos.

Pero comunicarnos con los más pequeños no es difícil. Exige solamente un cambio de código. Hemos de abandonar las explicaciones conceptuales y cambiarlas por la narración simbólica, es decir, las historias, los cuentos, las metáforas, las vivencias, o cualquier otro recurso narrativo que se nos ocurra.

Podemos explicarle a un niño veinte veces la necesidad de comer verduras. Ni le interesará ni lo comprenderá realmente. Pero una buena historia, con un héroe alimentado de verduras, le transmitirá perfectamente la idea, y no lo olvidará fácilmente.



EL PODER DE LAS HISTORIAS

La mente de los niños es especialmente sensible a la fantasía. Y lo que es más importante, son perfectamente capaces de conectar esta fantasía a su vida real aprendiendo de las historias.

Los cuentos o las historias comunican mucho más que las meras explicaciones. En primer lugar, porque el niño las visualiza, las imagina, las vive. Se las hace suyas, atesorándolas y fijándolas en la memoria. En segundo lugar porque conectan con sus experiencias y con todo lo que ocurre a su alrededor. El niño le da significado a la historia estableciendo precisos paralelismos con su vida. Las historias conectan con vivencias y realidades que son únicas e individuales de cada niño que las recibe. Y en tercer lugar, porque las historias mueven emociones, cosa que difícilmente hace una mera explicación. Mover sentimientos es una clave esencial para fijar el recuerdo. No sólo en los niños, también en los adultos; como no nos cansamos de repetir cuando hablamos de comunicación en público, “las cosas que sólo se entienden, se olvidan. Las que además se sienten, se recuerdan para siempre”.

EDUCANDO CON HISTORIAS

Los niños se encuentran inmersos en pleno proceso de desarrollo de su personalidad. Es un momento crucial para que entiendan el significado de determinados valores, y para que den sentido a sus comportamientos. Es una etapa en la que necesitan información, y quieren comprender el significado de muchas cosas que ocurren a su alrededor. Y nosotros, como adultos, también nos vemos en la necesidad de explicarles muchas cosas que no son fáciles de explicar.

La separación de los padres de un amigo, la venida al mundo de un nuevo hermano, un compañero de clase que viene de un país lejano y no habla nuestro idioma, la muerte de un abuelo... hay mil cosas que vamos a tener que explicar a los niños porque son situaciones que ya están viviendo o que un día les tocará vivir.

A veces no sabemos “ni como ponernos a ello”. Sin embargo, es mucho más fácil de lo que parece. Nos basta con buscar, o inventar, una buena historia. Una historia que haga que el niño se meta en la situación que le queremos contar. Que la viva en su imaginación y la llene de fantasía. Si lo hacemos así, nos daremos cuenta de que



las preguntas vienen solas y de forma inmediata al término de nuestro relato, prueba de que la historia ha despertado en el niño todo lo que tenía que despertar.

Cuando explicamos historias a los más pequeños, además de educarles o enseñarles algún concepto (si la historia está pensada para ello), obtenemos un beneficio adicional: establecemos un fuerte vínculo de afectividad. A través de un cuento compartimos con el niño o niña un espacio de fantasía que él o ella aprecia y valora especialmente. Y de alguna manera, nosotros mismos acabamos siendo parte de la historia. Porque el cuento que le contemos tendrá los matices y la fuerza que le demos a través de nuestra entonación, de nuestros gestos, de nuestra particular manera de contarla. Esto genera una gran complicidad con los pequeños, que querrán que le repitamos el cuento una y otra vez, exactamente con las mismas palabras, con los mismos gestos, con las mismas inflexiones, sólo para disfrutar del momento.

HISTORIAS PARA MANTENER EL RECUERDO

Es bueno que los pequeños conozcan a sus antepasados, que tengan una historia familiar y que conozcan a toda la “saga”. Es bueno también que recuerden a los que ya nos han dejado, y a los que han tenido un papel especial en sus vidas. Todo esto lo podemos contar también con las historias. Historias que haremos a medida, y en las que los personajes y los héroes serán estos familiares a los que queremos recordar.

El recuerdo contiene siempre una importante dosis de distorsión. No nos debe preocupar que tenga, además, una buena aportación de fantasía. Lo importante es asegurarnos que lo mantenemos vivo.

BIENVENIDOS AL MUNDO DE LA FANTASÍA

Hay un montón de historias que nos van a ayudar a comunicarnos con los pequeños, desde las historias clásicas hasta los libros de cuentos que se han publicado especialmente para transmitir determinados valores. Pero nuestra imaginación también debe ponerse en juego en este punto. Si queremos conectar con nuestros niños, nada tiene más poder que una historia propia. Inventemos personajes.



Démosles vida. Movámonos en mundos imaginarios para dar nuestros mensajes y crear estrechos vínculos. Todas estas historias creadas, todos estos personajes inventados, nos serán de gran ayuda cuando necesitemos transmitirles algo. Ellos hablarán por nosotros, nos ayudarán a poder crear reglas, a poder explicar mejor nuestros mensajes. Estos personajes acabarán formando parte de la familia por un tiempo, y harán un maravilloso trabajo.

OLVIDARSE DE LA RAZÓN. ATENDER A SU LÓGICA

Los niños son extremadamente listos, y tienen una lógica aplastante. A los cuatro años, el primer día que fuimos a esquiar, mi hijo andaba buscando la “tele” del telesilla: “¿Los telesillas no son sillas con tele?” –me dijo-

No caigamos en la tentación de explicarle que “tele” es lejos, que “televisión” es una visión remota, o que “telesilla” son sillas que te permiten cubrir una cierta distancia. Conectemos con su lógica y metámonos de lleno en su fantasía. Somos nosotros quienes hemos de ir a su mundo, no traerlos a ellos al nuestro... todavía.

Con la intención de explicarles una historia antes de ir a dormir a mis hijos, yo inventé un pulpo que hablaba, que se nos había “colado” en el coche en nuestro último viaje a Menorca... Improvisaba las historias, que siempre tenían al pulpo de protagonista. Y lo que empezó como un puro entretenimiento, acabó siendo una gran ayuda. Aquel pulpo, que tenía nombre y que acabamos dibujando en una gran cartulina, me ayudó muchísimo a explicarles a mis hijos muchas cosas.

